

El día de la tormenta

Había un día en el año —se trataba de una fecha movible, jugaba a desplazarse una semana o dos— que la gente llamaba el día de la tormenta, y lo llamaba así en pleno conocimiento de causa, formaba parte de las herencias que se recibían a la muerte de alguien, como las cacerolas, las pavas, las sillas o los perros de una casa. Había hasta quienes iban a recordar acontecimientos personales, duelos, casamientos, pago de una deuda, pérdida de una tropilla, etc.... tomándolo como hito cronológico. De este modo, el día de la tormenta emulaba la fecha del nacimiento de Cristo.

Ya dije que podía atrasarse o adelantarse pero como un caballo todavía cerril al que obligaban a ponerse en pista desde antes de comenzar la carrera, lo sabíamos agazapado en las inmediaciones de las fiestas de fin de año, llenándose poco a poco de la terrible fuerza que desencadenaría en su momento. Su trabajo solapado se leía en nuestros cuerpos desleídos que, antes que emprender cualquier tarea sólo buscaban tirarse en el primer asiento que encontraban.

Por esos días había pájaros que dejaban de frecuentar el cielo de la casa, alertados no se sabía por cuál inminencia de cosa extraordinaria para buscar refugio en lugares que también ignorábamos. Hecho que nunca volvió a repetirse en una ocasión, víspera de tormenta, llegó una paloma mensajera. Exhausta, desprendiendo una alta temperatura, pequeño astro blanco, vino a posarse en un patio. Los primeros auxilios no tardaron en organizarse. Tenía en una pata un aro en donde son lugar a dudas se ocultaba algún mensaje. Le dimos de beber y le acercamos unos granos. Pensábamos que el temblor de sus alas, esa fiebre, darían cuenta de ella. La pusimos en un lugar al fresco donde los perros no la importunaran con su curiosidad. Así pasaron tres o cuatro días en que sobrevivió rodeada por una frescura de agua corriente. Empezó de nuevo a alimentarse, y la mañana que sucedió a la tormenta pudo levantar vuelo.

Otro de los dignos precursores; una nitidez incesante que iba ganando la redondez del cielo y las cosas en él reflejadas, casas, ramas, verdor de las plan-

tas. Imperturbable, se apoderaba del horizonte, se quedaba ahí, durando.

Y ni qué decir de los animales que buscaban la menor sombra, el menor barrunto de enramada.

De la tormenta que rememoro habíamos tenido serios indicios por una delicadísima labor de araña, una tela que persistía en su perfección desde hacía varias semanas y cuyo esplendor podíamos admirar cada mañana al levantarnos, cargada aún de dos o tres gotas de rocío que brillaban unos momentos al sol, orgullo de una de las casuarinas de la entrada. Esa tela resultó misteriosamente destruida. Otro indicio, más fehaciente todavía: al atardecer de esa noche, el horizonte permaneció intocado por la sombra, una misma cantidad de luz que no variaba, que no cesaba, que no lo abandonó hasta tardísimo.

Hacía una buena semana que la acechábamos. Al cabo, a fuerza de esperarla y de verla dilapidarse cada vez en el horizonte, terminamos por adquirir la seguridad de que como casi todos los años, iría a encontrarnos durmiendo... una tormenta que taló árboles, abatió molinos, carneó ganado, que trilló silos y galpones. Hasta el horno de hacer pan, tan al resguardo, tan al olvido en su conve-xidad de paraísos, se vio en la obligación de sacrificar algunos ladrillos de la tro-nera en homenaje al dios desaforado.

El cuerpo, esa aleación de agua y espíritu, pesaba toneladas bajo nuestros atuendos y los trabajos que tuvimos que acometer esa tarde nos parecieron dignos de Hércules; en cuanto se podía, salíamos corriendo de sombra en sombra; el escudo de nuestros sombreros resultaba impotente para salvarnos de la tenaza al rojo del sol; ni tampoco empaparlos al pasar por una canilla. Nos obligaba a calcular la estrategia requerida para cada ocasión y, en menos de lo previsto, ya quedábamos de nuevo del lado de la sombra: pared, árbol, enramada, siempre con los mismos deseos de hacerle burlas al sol por tomarse tan en serio.

Durante los veranos nos sucedía tener que esperar por las tardes con nuestras pantallas —obsequio de fin de año de los comerciantes del pueblo, con fotografías de actrices y actores del cine norteamericano— a que el calor tuviera a bien decrecer aunque más no fuera una pulgada. Pero esa tarde de que hablo fue en vano que atendiéramos la más leve señal, la aparición de una brisa por modestísima que fuera y, cosa más desusada todavía, una prueba más o menos inequívoca de la solución del día en la noche. Semejábamos actores exhaustos en un escenario cuyo iluminador hubiera tenido que salir olvidándose de apagar las luces.

En esa oscuridad que no terminaba de instalarse, podíamos oír encima de nuestras cabezas el trajinar errático de los pájaros, su ir de rama en rama sin con-

seguir un lugar donde posarse para pasar la noche, unos a otros importunarse, tan desasosegados como nosotros allá en la profundidad más o menos recuperada del patio, insomnes, cuando no el súbito batir de alas, el abandono del lugar, la obligación de emigrar en procura de algún monte.

Por fin, algo parecido a las primicias de un anochecer empezó a rondarnos, a rodear nuestras máscaras exangües.

A falta de una brisa amiga, en esa fijeza candente que parecía retrotraernos a una luz de madrugada, fuimos a sentarnos en la glorieta d cenar. Había, creo, unas personas de Buenos Aires. No recuerdo la conversación, sin duda llena de puntos suspensivos. Cuando en eso, en medio de uno de los silencios de plomo, oímos nítidamente que las copas de las casuarinas se quedaban atentas, tiesas y como al acecho de un arreo lejano de ganado para, casi enseguida, entrar en un juego desesperado de preguntas y respuestas, juego aparentemente sin salida a juzgar por lo precavido de los comienzos.

Primero fue como si centenas de pájaros se despertaran de esas ramas que, de pronto, nos eran desconocidas, como si pájaros y armas, a la defensiva, por tratar de conjurar una desgracia suspendida en el aire, fueran perdiendo identidad a todo trapo. Porque ya se dedicaban a preludiar una canción que, era evidente, les resultaba completamente desconocida (a menos que el pavor, y el pavor sólo, les ayudara a ir encontrando la nota siguiente de la tétrica melodía). Nosotros sabíamos que esa canción se parecía como una gota de agua a otra, al preludio de la tormenta del año anterior que, dicho sea de paso, ya estaba encima de nuestras cabezas.

El espacio entre casuarina y casuarina fue siendo ocupado por un silbido agudo como el bramido de una catarata gigantesca que se fuera despeñando desde alturas no imaginadas por ningún conquistador. Ese silbido ninguna memoria lo registraba, parecía querer atraer, caburé desde el fondo de los montes, a pájaros que nunca habíamos oído, mientras que las centenas de pájaros desdibujados sobre nuestras cabezas, en un bajo ostinato, se ocupaban de hacerle morisquetas a la masa de la noche y ya ese bramido nos desalojaba de nuestros asientos, ganaba furia, se desplazaba por un precipicio que era —al cabo caímos en la cuenta— la copa de los árboles más altos.

Llegaba dando tumbos y desde tan lejos que nadie hubiera sido capaz de hacerle la menor pregunta. Y ahora que el primer cimbronazo había cesado en las alturas, le tocaba el turno a la glorieta que pareció entrar en un puño de gigante, se sacudió, se removió como si en la confusión general alguien la tomara por un peral cargado de peras maduras, o como si la quisieran arrancar de

cuajo, palos, plantas, clavos, alambres, nosotros, el primer terremoto quedaba durando en nuestros brazos y ya los platos se cubrían de pétalos de rosa —las rosas preferidas de tía Adelina llamadas de “las siete hermanas”— que esa noche serían el manjar favorito del viento.

El vendaval —todo el viento, todos los vientos— esta vez iba ganando una consistencia líquida, ascendía de más en más sobre nuestras cabezas y ya cubría la masa entreverada de los árboles, seguía ascendiendo en forma de tirabuzón hasta llenar la extensión del cielo.

En eso, una ola de ese viento pareció desgajarse de los altos eucaliptos del fondo, su velocidad disminuyó momentáneamente para quedarse cimbrando en nuestros brazos, los ponía a escribir incoherencias en el vacío.

Entretanto, el huracán seguía cosechando todo lo que encontraba en su camino. En el apuro, ya habían entrado los faroles y, para evitar un incendio, apagado precipitadamente las lámparas, una voz femenina (¿tía Adelina?, ¿mi madre?, ¿alguna de mis hermanas?) nos llamaba desde adentro para que nos guareciéramos de la tanta intemperie, de ese lugar sin orillas en que quedábamos y ya la rueda del molino, liberada del freno, giraba como enloquecida, entraba en carrera con el ciclón. Los árboles más alejados de la casa, que nos comunicaban con la vastedad del campo, resultaban ahora ser los árboles de más afuera, de mar afuera.

Como una persona a la que sólo creíamos borracha enloquece en plena oscuridad, eso y no otra cosa resultaba ser el fondo de mar que fue nuestra provincia, una ola que volvió despertando de su sopor al ganado, que desplazó de lugar, como si fueran alados, los caballos en el campo, no otra cosa esa multitud de vientos (¿cuántos?) guardados en esa profundidad, que dar por tierra con todo lo que hallaban para llevarnos al fondo a que palpáramos su terrible prestigio.

Como una broma cuidadosamente preparada para la hora de la cena y que se desbarata antes de tiempo, el viento ahora, cuya intensidad parecía haber decrecido, daba una vuelta por ahí para volver transfigurado en huracán y ya la noche se quedaba con la cantidad del patio.

De todas maneras, pese a los urgentes llamados de las mujeres de la casa, era lindo —sería lindo todavía hoy, si sucediera— quedarse ahí afuera con las manos llenas de vendaval, un rato en la oscuridad completa, en la exuberante intemperie, ante ese umbral desconocido lleno de estruendo sólo azuzado por algún relámpago cuya tarea visible era la de acercar la lluvia, oliendo ese olor que va cobrando la tierra envuelta en un pensamiento, en un acontecimiento

digno de ser contado, cuando ya ni rastros de un farol ni las ventanas clausuradas desde temprano aguantaban, estoicas, el empujón furioso, sí, un placer estarse ahí fuera hasta que un relámpago y un trueno irrumpen al fin y, al irse perdiendo, anuncien los primeros goterones, la lluvia tan esperada que en menos de lo que canta un gallo inunda las canaletas y parece más bien brotada de la tierra que provenir de un cielo.